



La Fiesta de la Raza

El día 12 de este mes de octubre, aniversario del descubrimiento de América, ha sido instituido como fiesta nacional, con el nombre de Fiesta de la Raza. Tenemos que repetir que este nombre se presta a equívoco. La palabra «raza», como la palabra «casta», lleva en el uso vulgar y corriente una cierta connotación animal irracional, corporal, grosera, pues se habla de razas o castas de toros, caballos, carneros, perros, cochinos, etc. Y aun aplicado al hombre, cuando se dice raza blanca, o negra, o amarilla. Y no es éste el sentido que en nuestra fiesta debe tener.

El lenguaje, instrumento de la acción espiritual, es la sangre del espíritu, y son de nuestra raza espiritual humana los que piensan y por lo tanto sienten y obran en español. Y la acción sin lenguaje no es más que gesto.

De nuestra raza fueron, no sólo Hernán Cortés, y Balboa, y Lagasca, y Mendoza, y Garay, sino también los mejicanos Hidalgo y Morelos, el venezolano Bolívar, el colombiano Sucre, el argentino San Martín, el chileno O'Higgins, el cubano Martí. Y lo fué Colón, sea cual fuere la casta de su sangre material. De nuestra raza fué también el indio mejicano Benito Juárez, uno de los padres de Méjico, el que libertó a su patria del intruso Maximiliano de Austria, que fué llevado a ella por bayonetas de extranjeros; el heroico indio Juárez, verdadero hombre de acción, y de verdadera acción—no de gesto—, cuyas armas fueron la palabra y la pluma. Porque Juárez llegó a pensar y sentir en español.

También fué de nuestra raza espiritual, de nuestra sangre del espíritu, de nuestra lengua española, aquel heroico filipino que fué José Rizal, aunque su sangre material fuese entre tagala y china. Pero en español pensó, y sintió, y habló, y escribió Rizal, y en español se despidió del mundo en aquella su inmortal poesía última, cuando nos dijo:

Voy adonde no hay esclavos, verdugos ni opresores;
donde la fe no mata, donde el que reina es Dios.

En aquel característico decreto que publicó en Manila el 7 de julio de 1892 el general Despujols, deportando a Rizal, se decía que descatolizar equivale a desnacionalizar, y es decreto que merece ser siempre leído y meditado, pues descubre la raíz de nuestros desastres coloniales. Se hablaba allí de las «patrias glorias» de un modo que hoy ha de hacer sonrojarse a todo español de raza y consciente de la nobleza de su españolidad.

Se ha hablado recientemente del proyecto de elevar una estatua a Bolívar en Madrid, y hasta se dijo que sería patrocinada la idea por lo más alto del Poder público del reino. Estaría bien. Pero aun cabe más. Los calvinistas de Ginebra han elevado un monumento expiatorio a la memoria del hereje español—hereje para ellos y para los católicos—Miguel Servet, sacrificado en aquella ciudad al fanatismo dogmático-religioso en 1553. ¡Quién sabe si llegará un día en que el pueblo español, la nación española de España, eleve en Manila un monumento expiatorio a la memoria del heroico mártir José Rizal, víctima de otro fanatismo dogmático, o más bien de un crimen de Estado, el 30 de diciembre de 1896!

El nombre de otro gran español, de Rafael del Riego, asesinado en Madrid el 7 de noviembre de 1823—pronto hará un siglo—, mártir del constitucionalismo, figura en el salón de sesiones del Congreso. Con tanta razón puede figurar el de José Rizal.

¡Días aquéllos de fines de 1896! Meses después, el 8 de agosto de 1897, era sacrificado por otro fanático don Antonio Cánovas del Castillo, el de la fórmula fatídica de «hasta el último hombre y la última peseta», traducción por un letrado de aquel bárbaro lema del bárbaro pundonor caballeresco que dice: «Defenderla y no enmendarla.» Al otro año, el de 1898, vino el primer desastre, el primer golpe del derrumbe que todavía dura.

¿Saldrá incólume de este derrumbe la conciencia de la raza espiritual, de la españolidad, del alma común que tiene por carne la palabra?

La flor de nuestra común literatura española es el teatro; pero el teatro de palabra, el teatro en que la pala-

bra es acción y la acción es palabra. Hoy el teatro del silencio, el «cine», donde los llamados actores son pantomimeros, hace que muchos confundan el gesto con la acción. Segismundo soñando su inmortal monólogo «¡Ay, misero de mí! ¡Ay, infeliz!» es más activo que disponiéndose al bárbaro gesto de echarle a un pobre criado por la ventana. Como el último poético pensamiento de Rizal, su inmortal despedida del mundo, fué una acción. Y fué una acción la noble pasión de su muerte. Por parte de él, que la padeció, que por parte de los que la decretaron fué otra cosa.

No hay cosa peor que las manos sin lengua racional.

Miguel DE UNAMUNO

